

El misterio de la araña

Paco Ignacio Taibo II

“**L**a araña” se introdujo en su vida, cuando entró a mear por tercera vez en la jornada. No estaba muy claro si es que había bebido un rechingo de victorias el domingo, o que estaba harto del olor de los chiles en vinagre, el caso es que había dejado la línea por tercera vez y se fue a meter al rincón de los meados. Y allí, resplandeciente, sobre los mosaicos que alguna vez fueron blancos, se veía clarito el mensaje:

*Las horas extras se pagan doble
La araña*

y abajo un extraño signo, como una bolita con cuatro patitas filosas, algo así como araña.

Roberto se quedó mirando la pared sorprendido, y hasta se olvidó de mear. “Las horas extras se pagan doble”, pensó. De nuevo entre los chiles en vinagre, fue olvidándose de la historia, y ya no volvió a recuperarla ni siquiera cuando le pidieron que se quedara dos horas a sacar los últimos chiles que habían llegado en los camiones en la mañana. Tampoco se acordó del mensaje el viernes siguiente, cuando en el sobre de raya, le pagaron esas dos horas y otras tres que se había echado el miércoles como sencillas. La verdad es que la sorpresa le duró bien poco, y además alguien debía haber borrado el letrero luego luego, porque el martes entrando a trabajar, ya no estaba.

Una semana después cuando estaba ayudando en enlatado, sobre la línea pasó un papel, entre dos botes relucientes, aún sin etiquetas. Un papel blanco, con grandes letras:

*¿Por qué no dan las botas que prometieron?
La araña*

Roberto levantó la vista buscando quién lo había puesto allí de los once cuates que había antes que él en esa línea, pero sólo descubrió caras ocupadas, rostros hundidos en las operaciones de rellenado. Las mismas caras y los mismos güeyes de siempre. Estuvo a punto de tender la mano para tomar el papel, pero se contuvo. Siguió trabajando, aunque a ratos ojeaba para ver cómo reaccionaban los que lo seguían en la línea, los otros

catorce güeyes que seguían: más aún, quería saber qué pasaba cuando el papel llegaba hasta el final, pero por andar menseando estuvo a punto de pasársele un bote, y cuando se dio cuenta, el papel ya no estaba sobre la banda móvil. O se había caído, o alguien lo había pasado a la banda de enfrente.

Luego, pensó en el mensaje: "¿Por qué no dan las botas que prometieron?". A güevo, se dijo, las botas, porque todo el rato se estaba uno resbalando con los desperdicios, y la empresa había prometido a principio de año unas botas de hule con banda estriada en la suela, y pura madre, nunca habían llegado.

Pero Roberto tenía mala memoria, y cuando el jueves patinó y se dio un buen madrazo en la cadera, y casi se rompe el brazo, no se acordó del mensaje de *la araña*, y se limitó a decirse a sí mismo que era muy pendejo, que si no se fijaba iba a acabar en el Seguro y de mala manera.

Aún así, el jueves, después del putazo, cuando lo tenían cargando botes en un camión, *la araña* se le volvió a aparecer mágicamente.

Llevaba dos botes de a seis kilos en equilibrio y de repente se fijó que enfrente de sus narices, en lugar de la habitual etiqueta: Chiles La Tlalpeña", estaba pegado un volantito que decía:

¿Sabes que hace diez años que tenemos sindicato?

La araña

y nuevamente la bolita con patitas.

Del susto, esta vez por poco se cae sin necesitar el resbalón. Cuando se repuso llegó hasta el camión y pasó el bote de manera que Fermín, que era el que los recibía arriba, viera clarito el letrero que sustituía la etiqueta, y esperó encontrar una clave en su rostro, pero Fermín nomás lo contempló y luego mirándolo a él fijamente, dijo:

-¡Ah!, qué la araña.

Como el Fermín era muy callado, y él no era su cuate, siguió cargando sin preguntar nada, pero fijándose en que al menos uno de cada veinte botes traía letrerito en lugar de etiqueta.

Así se fue el día, y al siguiente, cuando estaba taqueando en el changarrito enfrente de la entrada principal de la fábrica, ya ni se sorprendió al encontrar en lugar de las servilletas de papel de estraza un puñito de volantes, de la cuarta parte de una hoja, en los que la araña lanzaba un nuevo mensaje:

*El sindicato debería servir para defender a los trabajadores,
y en el nuestro, el secretario general es Macías. ¿Cómo la ven?*

La araña

Macías era el jefe de producción, un cabrón moreno como de cuarenta años con ojos de puerquito que sólo salía de la oficina para pasear por la planta mirando todo y anotando en un bloc, sin dirigirle la palabra a nadie. Luego llegaban los castigos y las broncas por boca de los capataces.

Roberto se quedó confundido, con un taco de huevo y arroz a medio camino entre la boca y la mano.

-Seño ¿quién le trajo estos recaditos?

-¿Los volantes ésos, joven? -respondió la taquera entendida.

Roberto asintió.

-Sepa, ya ve que aquí pasan, vienen, comen y se van, y son re'hartos.

Roberto tomó uno y se lo guardó en el bolsillo superior de la camisa, ante la celosa mirada de la taquera que quería ver si lo usaba de servilleta.

¿Quién era la araña? ¿Qué era eso del sindicato? ¿Por qué Macías era el secretario del sindicato? ¿No era jefe? ¿Qué pedo con las botas? ¿A cómo se pagaban las horas extras?

Todo se le juntó en la cabeza, y se hizo la voluntad de preguntarle al señor Luna.

A lo mejor la decisión le duró media hora, pero en el baño un nuevo mensaje de la araña, cuando pasó por ahí a la hora de salida, impidió que se le olvidara.

El aguinaldo no tiene que tener descuentos según la ley

La araña

Total que con lo del aguinaldo en la cabeza (estábamos en marzo, ¿a quién chingaos le importaba el aguinaldo? Era verdad que el año pasado les habían dado trece días, ya después del descuento, pero eso fue el año pasado), se fue a esperar al señor Luna frente al portón.

-Señor Luna, oiga, ¿me podría decir lo de la araña?

Luna era de los pocos que aún usaban sombrero en el trabajo, como él y como otros dos o tres más, ya vetarros, que no le sacaban al parche de decir que ellos eran de más allá de Pachuca, y si no fuera porque las parcelas no se recortan entre diez hermanos, por allá se hubieran quedado. Además, Luna era el que lo había metido a trabajar, y el que le había conseguido un cuartito en una vecindad al pie del Cerro de la Campana, y el que lo había llevado al burdel de la Pancha, ahí por el kilómetro dieciséis y medio, el que lo había cuidado y recomendado y todo porque era del pueblo. Luna que además era capataz de envasado, cuando Roberto dijo lo de la araña, se le quedó viendo chueco, porque cuando estaba cansado, un ojo se le iba.

-¿Qué sabe usted de lo de la araña? -contestó.

-No, pues nada.

-Cómo que nada- dijo Luna encabronado- ¿Qué, le di un trabajo pa' que

ahora me ande ocultando cosas? Usted es como mi ahijado, y a los padrinos no se les miente.

-No, pues lo que sale en los baños -dijo Roberto atemorizado y pensando que mejor se hubiera tapado el hocico.

-¿Qué sale? ¿quién es la araña?

-No pues sepa, yo le venía a preguntar a usted.

Como Luna había estado subiendo la voz, se había juntado una racilla alrededor y alguno dijo en voz alta.

-Ya dígame, Luna, no sea cabrón, dígame que usted es la araña.

Se oyeron risas. Luna sin voltear tomó a Roberto del brazo y lo apartó de la bolita.

-Usted, ahijado, no le crea nada a esa araña, usted si le dicen algo de la araña, nomás viene y me lo cuenta -dijo Luna cambiando el tono hosco por un tono paternal, como el de siempre.

Total que Roberto se quedó sin saber nada, y quizá por eso le fue más difícil la decisión la próxima vez que se vio frente a un mensaje de la araña. Eso ocurrió al día siguiente, un martes en que el trabajo había estado particularmente cabrón, porque los capataces traían consigna de empujar las líneas para poder sacar la producción que se había atorado en las cubas de encurtido. De repente, alguien pasó a su lado y le dejó un volantito enfrente. Roberto volteó y se dio cuenta de que había sido uno de los que maquinaban los botes, uno de los del departamento de hojalatería, un grandote moreno que tenía fama de ser bueno pa'los madrazos.

El volante informaba:

La araña dice: Ya llegó la hora de organizarnos: por salario mejor, por mejores condiciones de trabajo, por botas y guantes, por pago legal, por sindicato independiente
Léelo y pásalo

Como éste estaba largo, Roberto a punto estuvo de perderle el paso a la línea y cuando se dio cuenta, ya tenía tres botes para llenar encima de él. Cuando logró desahogar de nuevo, se quedó pensando y, al fin, tímidamente tomó el volante y se lo pasó a Fidel, un chavillo de Puebla que no hablaba nunca con nadie. Fidel tomó el papelito y le devolvió la mirada, como agradecido, pero silencioso. Ya luego Roberto no supo qué pasó, si lo había leído o no y si lo había pasado.

La araña volvió a atacar tres veces más esa semana: dos veces el miércoles y una el viernes. Las del miércoles fueron pintadas en los camiones repartidores, probablemente hechas en la noche, que pregonaban bien alto:

A la araña no se la puede reprimir, la empresa nos pela el nabo. El despido de Lucio no nos afecta.

La segunda decía: Lucio, reinstalación. La araña.

Roberto supuso que el Lucio de que hablaban las pintadas, era un chavo que estaba con él en el equipo de futbol y que, cuando el año pasado habían dado los aguinaldos había reclamado en voz alta porque faltaba lana. ¿A qué hora lo habían corrido?

El viernes a Roberto, que era ayudante general con salario mínimo, lo mandaron a descargar, y cuando en esas andaba se le acercó por la espalda Macías y empezó a gritar:

—¡A ver, señores, el que me diga quién anda detrás de estos papelitos, le doy ahorita mismo dos mil pesos!

Roberto y los tres que estaban cerca de él se voltearon espantados. Macías movía en la mano un volante. Roberto a pesar del miedo estiró la suya pidiéndoselo con un gesto, Macías se desconcertó, y quizá por eso se lo pasó.

La empresa ha ganado este año 600 millones de pesos, y ha repartido utilidades por cero pesos. Pinches marranos
La araña

Roberto sonrió, lo que Macías interpretó erróneamente.

—¿Usted sabe algo de estos papeles?

—No, yo qué voy a saber —dijo Roberto.

Macías se lo arrancó de la mano y se fue caminando por el pasillo.

El sábado a Roberto lo atropelló una motocicleta al cruzar por la vía Morelos, y se pasó las siguientes tres semanas en la clínica 28 del Seguro, atendido por enfermeras desganadas, con una pata colgando de un artificio mecánico y dos compañeros de cuarto que estaban más para tirarlos a la basura que para curarlos.

Por eso, cuando regresó cojeando a la empresa un lunes a mediados de abril, las paredes embadurnadas de todo el rumbo lo desconcertaron. La araña estaba presente en ellas, pero no con la discreción y sutileza acostumbradas, sino agresiva, gritona. A dos cuadras de la fábrica estaba pintada una arañota de metro y medio con letrero al lado en que llamaba a la huelga.

En la entrada de la fábrica había una patrulla del Barapem, con dos policías huevoneando y cuando entró el primer turno, eran menos de la mitad de los de costumbre, entre ellos un montón de caras nuevas.

Se acercó al capataz para preguntarle dónde lo iba a poner hoy, y su casi padrino, el señor Luna, le dijo de entrada:

-Perdóneme ahijado porque casi dudé de usted... Pero ya los acabamos, ya los corrimos a esos cabrones, porque se descararon, por hacer un paro, y eso es de fuera de la ley, y los corrimos a todos, a todos, a los ciento cincuenta que pararon, por pendejos...

Y así se fue hablando el señor Luna sin terminar de contarle nada, pero él supo que la araña había sido derrotada en La Tlalpeña.

El martes hubo un mitin fuera de la fábrica y durante dos meses, se sucedieron las pintadas y las volanteadas a la hora de la salida, luego, todo se fue apagando, hasta que a principios de junio, la empresa contrató a un grupo de pintores y las bardas del exterior volvieron a ser blancas.

Días después, Roberto, que siempre había sido lento pero seguro, como los caballos de su pueblo, compró en la papelería *La esmeralda*, un plumón negro de 18 pesos, se lo escondió al lado del pito, y calentito el plumón llegó con él a la fábrica el lunes. A la primer oportunidad, se escapó al baño, y contempló las paredes blancas pero sucias. Diez minutos después con el pretexto de que estaba enfermo volvió al baño, allí, con una letra no muy lucida y tras haber escogido la pared más grande, pintó:

Macías y Luna y todos los del patrón son ojetes

La araña

Contempló orgulloso su obra, luego tiró el plumón por la ventana del baño que daba a uno de los almacenes de encurtidos. "A lo mejor, se va en una lata de chiles", pensó.

Salía muy orgulloso, cuando los ojos se quedaron prendidos a una pintada chiquita al lado de los meaderos que hacía diez minutos no estaba allí. Miró hacia todos lados tratando de encontrar al autor, pero se encontraba solo en el baño.

La pinta decía:

Las horas extras se pagan doble

La araña